

**EL BOSQUE DE LA CERTEZA, EL PARAÍSO DE LA INCERTIDUMBRE.
IMAGINARIOS DE SEGURIDAD DE LAS JÓVENES QUE HABITAN EN LOS BARRIOS
EL BOSQUE Y PARAÍSO, BARRANQUILLA, COLOMBIA**

Nancy Regina Gómez Arrieta
Universidad del Norte - Colombia
ngomez@uninorte.edu.co

Recibido: 04-02-2010

Aceptado: 16-04-2010

Resumen

Este artículo describe los imaginarios de seguridad de las jóvenes entre 14 y 22 años y su incidencia en la construcción de lugar en los barrios Paraíso y El Bosque, en Barranquilla, Colombia. Inicialmente, se detallan los espacios que las jóvenes transformaron en lugar para su uso, así como las estrategias utilizadas para construir lugares. La información es recolectada mediante grupos focales, entrevistas y una encuesta aplicada a 150 mujeres en El Bosque y 100 en Paraíso. Las herramientas cualitativas profundizaron en el aspecto personal y familiar, mientras que el instrumento cuantitativo llevó a la identificación de los valores compartidos por las jóvenes.

Palabras Clave: Imaginarios, seguridad, mujeres jóvenes, barrio, espacio, lugar.

Abstract

This article describes the security imaginaries of young women between 14 and 22 years old and their incidence in the construction of place in the *Paraíso* and *El Bosque* neighborhoods in Barranquilla, Colombia. First at all, we describe the spaces that young women have transformed into places for their own use, as well as the strategies used to

build places. The information is gathered by means of focal groups, interviews and a survey applied to 150 women in *El Bosque* and 100 in *Paraíso*. The Qualitative Tool were focused to obtain deeper information on personal and family issues, whereas quantitative instruments led to the identification of values shared by the young women.

Key words: Imaginaries, security, young women, neighborhood, space, place.

1. Aproximación a la seguridad desde la subjetividad

Referirse a la seguridad significa aproximarse a un claro componente subjetivo. Es hacerlo, por un lado, más allá de la concepción instrumental y económica del Estado, el cual hace mención a la seguridad como una herramienta de persuasión para ganar una opinión pública favorable en su lucha contra aquello que considera, afecta la convivencia social. Es, por otro lado, superar la noción de seguridad privada, sobre la que descansan, o entre la que descansan, los complejos conjuntos residenciales de los estratos altos que han optado por abrigarse detrás de densos muros, mallas eléctricas, circuitos de televisión y vigilantes privados armados.

En ocasiones, el gobierno y ciertos grupos sociales fabrican lo que puede ser considerado una falsa sensación de seguridad, al hacer creer que la inversión en equipamiento, el incremento de la presencia de la fuerza pública, ser miembro de un grupo social legal o ilegal en el barrio, incrementará la sensación de seguridad. Lo hacen puesto que, proporcionar seguridad es una forma de controlar, de la misma manera en que el miedo, se convierte en una forma de control.

De esta manera, la sensación de seguridad está estrechamente ligada a las relaciones de poder, entre las que se identifican la establecida por los hombres sobre las mujeres en relación al uso del espacio. La presencia, incluso la ausencia de lo masculino en el espacio, condiciona el uso de éste, e incide en la construcción de los imaginarios de seguridad de las mujeres con relación a la ciudad. Mientras para una mujer un grupo

de hombres en una esquina es indicio de seguridad, para otra, significa sentirse vulnerable. La experiencia espacial es claramente diferenciada entre los diversos grupos de mujeres, pues los imaginarios varían atendiendo a factores generacionales y socioeconómicos.

Más allá de la diversidad de interpretaciones que pueden derivarse de la noción de seguridad, lo cierto es que la seguridad es un derecho, reconocido como inalienable por la *Declaración Universal de los Derechos Humanos (1948)*, contemplado, en la *Carta Mundial por el Derecho a la Ciudad (2002)* como condición en la formulación e implementación de las políticas urbanas (Artículo II).

Este es el llamado al que se suma este artículo, el cual revisa la noción de seguridad desde la subjetividad de las jóvenes para conocer ¿Cuáles son los imaginarios de seguridad de las jóvenes entre 14 y 22 años y su incidencia en la construcción de lugar en los barrios que habitan, Paraíso y El Bosque en Barranquilla, Colombia?, ¿Qué las hace sentir seguras?, ¿Cómo son los espacios que se transforman en lugar para las jóvenes entre 14 y 22 años que habitan en Paraíso y Bosque?, ¿De qué manera inciden los imaginarios de seguridad de las jóvenes entre 14 y 22 años en la construcción de lugar en los barrios que habitan? Y ¿Cuáles son las estrategias que establecen las jóvenes entre 14 y 22 años y que contribuyen a generar seguridad en sus barrios?

1.1. Seguridad urbana de las jóvenes: Cifras que no son oficiales

En la actualidad, las mujeres y los jóvenes, como grupos diferenciados, continúan luchando por la proclamación de sus identidades en la esfera pública. Precisamente una de las desventajas más relevantes a las que se enfrentan, es la inseguridad en el espacio público, frente a lo cual han optado por alterar su cotidianidad evitando circular solas a ciertas horas y por ciertos espacios. La problemática de la seguridad de la mujer en el espacio público, está condicionada a las dinámicas masculinas que condicionan la movilidad de la mujer en el espacio. Tales condicionamientos en el uso del espacio inciden en la construcción de los imaginarios

de seguridad de las mujeres con relación a la ciudad. De modo que, entre más insegura se sienta la mujer en la ciudad, más distanciada estará de su entorno; de manera proporcional sucede en la medida en que entre más segura se sienta, más cercana será su relación con el espacio, hasta el punto de alcanzar la connotación de lugar, es decir, una vinculación afectiva con el entorno como lo expone el geógrafo Yi – Fu Tuan.

De ahí que la experiencia espacial sea claramente diferenciada para los diferentes grupos de mujeres, pues los imaginarios varían entre los diferentes individuos, grupos sociales y, más aún, entre hombres y mujeres. Sin embargo, las investigaciones de seguridad abordadas por organismos oficiales, exponen esta problemática sin atender a las diferencias de género. Los planes de seguridad urbana y estudios de criminalidad se orientan a acciones como desarme, regulación del consumo de alcohol, recuperación de espacios públicos, a fin de reducir la criminalidad y la violencia, sin considerar, la mayoría de las veces, quiénes son las principales víctimas de esta problemática. La peligrosidad e inseguridad de las zonas urbanas es reducida al número de homicidios y atracos, es decir, a hechos de los que puede ser víctima cualquier habitante de la ciudad, sin hacer diferenciación de género y edades.

Este panorama pone en evidencia cómo los actos que atentan contra la seguridad, la integridad sexual y mental de la mujer durante su tránsito urbano, no son visibilizados en estas estadísticas, y mucho menos, se indaga sobre la incidencia de los imaginarios de seguridad de las mujeres en la relación que establece con el espacio. Al parecer, la problemática de la violencia urbana en contra de la mujer es considerada como un tema de escasa o nula relevancia, y la violencia física, sexual y emocional se limita al terreno de lo “privado” o “intrafamiliar”, invisibilizando las dinámicas de la mujer en el terreno público.

La experiencia humana es espacial, y cualquier acción del individuo implica una vinculación con el espacio. Es por ello que el desarrollo de este trabajo, se da a conocer la relación que establecen las mujeres jóvenes de 14 a 22 años con el barrio que habitan tomando como casos de estudio los Barrios *Paraíso* y *El Bosque* en la ciudad de

Barranquilla. Ambos barrios padecen las consecuencias de la delincuencia común, lo que condiciona la manera cómo las jóvenes se relacionan con el barrio.

Los imaginarios que tiene la joven con relación a la seguridad del barrio determinan la manera en que ésta se relaciona con y en éste. Así, si la joven encuentra en su barrio elementos que le proporcionan seguridad, construirá una relación afectivamente positiva con el barrio; en caso contrario, el imaginario estará vinculado a referentes de inseguridad. En la medida en que el barrio significa para la joven seguridad, pasa de ser un espacio a ser un lugar, ya que, de acuerdo con el geógrafo Yi-Fu Tuan, el lugar es aquello que es conocido, recorrido y, en consecuencia, genera confianza.

Con el propósito de identificar los imaginarios de seguridad de las jóvenes, partiremos del concepto de imaginario y seguridad; seguidamente se desarrollará el origen del concepto de lugar desde la perspectiva de género. Finalmente, expondremos el procedimiento mediante el cual nos acercamos a las jóvenes para conocer sus imaginarios y los hallazgos a los que hemos llegado.

2. Imaginarios de seguridad: Experiencia individual de bienestar

Abordar la noción de seguridad desde la perspectiva del sujeto, implica adentrarnos en el terreno de los imaginarios como poder de creación de las colectividades, *vis formandi* (Castoriadis, 2002: 93). Significa la conjunción HACER – SER de una forma que no estaba ahí. Surge por la ausencia de un factor lógico, natural, biológico que dé cuenta de aquello que surge. Así, toda sociedad a lo largo de la historia, es un sistema de construcción de su propio mundo, en el que se determina aquello que es “real” y aquello que no lo es, lo que tiene sentido y lo que carece de sentido.

De modo que lo imaginario está presente a lo largo de la historia, más aún, la historia de la humanidad, es la historia del imaginario. Por ello, lo vasto del universo de

lo imaginario es sintetizado en ocho estructuras arquetípicas propuestas por Lucien Boia (1998) que posibilita la construcción de metodologías eficaces *susceptibles según (su) visión de cubrir lo esencial de un imaginario aplicado a la evolución histórica*. Estas estructuras están presentes en todas las sociedades y en todos los tiempos (Ver Gráfico 1).

Gráfico1: Ocho tipos de imaginarios según boia (1998)

| Imaginario | Descripción |
|---|---|
| La conciencia de una realidad trascendente: | Realidad inasible, invisible, pero significativa. Es el dominio de lo sobrenatural. En los diversos momentos históricos, los seres humanos sacralizan la nación, la tecnología, la raza o la sexualidad |
| El doble: | El cuerpo material del ser humano tiene un doble inmaterial llámese alma o espíritu. |
| La alteridad: | Se refiere a todo conjunto de diferencias. Estas fascinan tanto como inspiran temor y pueden basarse en aspectos de género, raza, religión, edad o clase social. |
| La Unidad: | Busca someter el mundo a un principio unificador. Toda sociedad busca mitos y ritos para construir unidad. |
| Actualización de los orígenes: | En toda comunidad, los orígenes son fuertemente valorizados. Este es un dominio mitificado y politizado. |
| El desciframiento del futuro: | Busca controlar el tiempo que vendrá. |
| La huida: | Producto de la aspiración de cambiar de condición, de encontrar una salida a las restricciones. |
| Lucha y complemento de contrarios: | Los polos opuestos pueden reunirse en una síntesis o someterse a una extrema polarización. |

Categorización de ocho tipos de imaginarios desarrollados por Lucien Boia en su obra Pour une histoire de l'imaginaire (1998)

No podemos afirmar que un imaginario sea más razonable que otro, ni es posible destruir lo imaginario, lo que sí puede ser posible, es que lo imaginario aparezca en nuevas formas en diferentes tiempos, sociedades e individuos. Por ello, condenar, cuestionar la veracidad del imaginario de los demás, es una manifestación de intolerancia, en la medida en que se excluye la construcción del mundo de los *otros*.

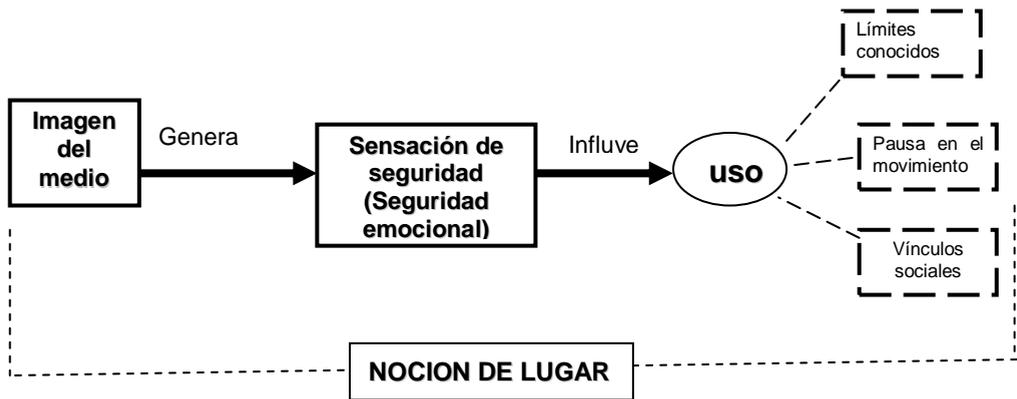
Esta construcción del mundo obedece al poder de creación del individuo, el cual a su vez, está determinado por las instituciones, en la medida en que “todos somos en primer término fragmentos ambulantes de la institución de nuestra sociedad, fragmentos complementarios” (Castoriadis, 1998: 68). La sociedad está hecha de múltiples partes particulares y como fragmentos de la institución, los individuos forman parte de un todo coherente. Por lo tanto, para Castoriadis es necesario que la imaginación radical de los seres humanos sea regulada para poder vivir en sociedad. Esto se lleva a cabo mediante su socialización, en la medida en que el individuo, absorbe las significaciones de la institución, las interioriza, aprende el lenguaje, categoriza las cosas, lo que es justo e injusto, lo que se puede hacer y lo que no se puede hacer, lo que hay que adorar y lo que no.

Ahora bien, para exponer lo que entendemos como *imaginarios de seguridad*, es importante aclarar que la seguridad en esta investigación es entendida como *seguridad emocional*, (Lynch, 2001), producida por la imagen del medio. Para Lynch, la imagen del medio, condiciona la cotidianidad de los individuos, y en consecuencia, su vinculación al contexto. La *seguridad emocional* es el resultado de sistemas de orientación, de estructuras espaciales fácilmente identificables, ordenadas y transparentes, por lo menos, para los grupos que las usan, lo que denota un componente subjetivo. Si en un grupo social el sistema de orientación es débil, como resultado del desorden y del caos, la imagen formada llega con dificultad y los sujetos se sienten *perdidos*, carentes de certezas y terminarán estigmatizando tales escenarios. Tal sensación de sentirse perdido es lo opuesto al sentimiento de seguridad. En suma, podemos decir, que la *seguridad emocional* implica la posibilidad de ubicación de un individuo en su entorno, no solo consigo mismo, sino también con los otros en un espacio dotado sentido.

De modo que si lo imaginario es poder de creación y seguridad es la sensación de bienestar producida por límites precisos del medio, los imaginarios de seguridad pueden ser definidos como la creación individual y/o colectiva referida a un entorno, el cual produce en el individuo certezas por lo conocido. Esta sensación de seguridad es lo

que genera el sentido de *lugar* para el geógrafo Yi Fu Tuan (1975), y en el mismo sentido de Lynch, es el resultado de espacios delimitados que posibilitan la sensación de seguridad (Ver gráfico 2). Es decir, que existe una estrecha relación entre *seguridad emocional* (Lynch) y noción de *lugar* (Tuan).

Gráfico 2: Noción de lugar¹



3. Origen, desaparición y reaparición del lugar

Buscar el origen del concepto de “lugar” como espacio cargado de sentido y con límites definidos que generen seguridad, significa remitirnos al período clásico, cuando, desde la filosofía, se enuncia una definición de lugar; concepto dilucidado por Aristóteles en el Libro Cuarto de la *Física* donde reflexionó sobre el concepto, *Topos*, cuya traducción se ha orientado hacia el “lugar” que ocupan los cuerpos, más que el “espacio” en el que están. Según Aristóteles, algunos de los aspectos característicos del

¹ Modelo que ilustra cómo la imagen del medio influye en la sensación de seguridad emocional del individuo. La existencia o no de la seguridad emocional condiciona el uso del espacio, el cual puede ser definido a partir de límites conocidos, pausa en el movimiento y establecimiento de vínculos sociales.

Topos es ser un “algo” que afecta al cuerpo que está en él. Se trata de un proceso de apropiación que se caracteriza por la forma particular en que las cosas están en el lugar al que pertenecen, pues sólo allí pueden mostrar lo que son y siempre será la manera apropiada (Yory, 2007). Sin embargo, la noción de lugar expuesta por Aristóteles fue, según Edward Casey (1997), anulada por el abordaje de la geometría euclidiana que concibe el espacio como matemático. A partir de ese momento, tal concepción del espacio, agota todas las reflexiones sobre la dimensión espacial en el pensamiento occidental. Tal concepción se extiende hasta los siglos XIV y XVII, donde la noción de espacio está ligada al cambio de conciencia que antecede a la Modernidad, y se pretende que la reflexión y la razón posibiliten la realización del proyecto de la *universalidad* y la *igualdad*.

Posteriormente, la recuperación de la noción de lugar continua con las corrientes fenomenológicas y existencialistas, las cuales insertaron el cuerpo en la dimensión del espacio y establecieron una definición específica de lugar, señalando que éste es un espacio concretado en un aquí, ofrece una visión más concreta para la relación que existe entre las personas con el lugar. No obstante, es con el materialismo cuando se aborda la construcción del espacio material desde lo social con lo cual, la relación sujeto - espacio se constituye históricamente desde la conciencia y la acción del sujeto. De ahí que en el siglo XIX, Marx, al criticar el sistema capitalista, construyó los fundamentos que definen el espacio como producto material de las sociedades, lo que llevó a que posteriormente, en el siglo XX, se originara una nueva escuela neo-marxista de urbanismo crítico con la crisis urbana de los años 60.

Pensadores como Henri Lefebvre (1974), David Harvey (1973), Edward Soja (1989), se inspiraron en la tradición marxista entendiendo el espacio desde la perspectiva política marxista y de la producción espacial que hacen las colectividades, pero superando el gran limitante del marxismo al reducir el espacio al aspecto de la producción. En ese sentido, Lefebvre profundiza en el planteamiento de Marx, al atender al problema las contradicciones que generan las dinámicas del capital en el uso y distribución del espacio, planteando la necesidad de abordar la espacialidad como una

constante dimensión presente en la vida social, que trasciende la simple localización, para abordar una manera de producción material resultado de la acumulación de sentido de los individuos y de su entramado simbólico.

A partir de Lefebvre, Soja (1996) presenta una interpretación del espacio en la que se realiza la interacción entre elementos materiales y simbólicos y se incorpora la idea de la diferencia y se articulan las múltiples escalas. Se trata, según el autor, de una forma posmoderna de concebir el espacio, orientada hacia la localización de los grupos culturalmente diferenciados en el espacio a partir de seis geografías, las cuales focaliza en Los Ángeles, al considerarla la ciudad posmoderna por excelencia en donde confluyen todas las tendencias de las urbes contemporáneas. La mirada de Lefebvre a la ciudad como escenario de la producción espacial viva y dinámica que se produce desde las vivencias cotidianas del ciudadano, llevó a que en 1968, Lefebvre desarrollara el concepto de *derecho a la ciudad*, que recoge los derechos básicos de los ciudadanos, entre los que se encuentra vivir en territorios que posibiliten la convivencia, riqueza en la diversidad de usos, equipamiento público para el desarrollo individual y colectivo, acondicionamiento de un entorno seguro para el progreso individual, fortalecimiento de vínculos sociales y la identidad cultural, entre otros.

3.1. La concepción de lugar entraña seguridad

Más recientemente, la relación entre individuo y entorno es abordada de manera novedosa por uno de los principales geógrafos humanistas del SXX, Yi-Fu Tuan (1975), quien realiza valiosos aportes al replanteamiento de los conceptos entre “espacio” y “lugar” a partir de los significados que se les otorgan, lo cual significó la entrada a la subjetividad espacial. Así el “espacio” representa la falta de límites, la extensión, la movilidad, más aún, el “espacio” representa la “libertad” entendida como un horizonte espacial abierto hacia lo desconocido (Lindón, 2006). El “lugar”, entre tanto, implica un anclaje a un espacio delimitado, representando así certezas y seguridades otorgadas por los límites de lo conocido. El lugar es la acumulación de los

sentidos, los cuales son construidos mediante procesos sociales que se celebran en la vida cotidiana. Por ello los significados espaciales, no sólo atienden a la perspectiva del individuo, sino que son colectivamente reconocidos, están socialmente consensuados aún cuando solo sea dentro de pequeños grupos sociales.

Tuan sintetiza el paso de espacio a lugar mediante tres etapas: Percepción, estructuración y valoración. En la percepción, el individuo experimenta a través de sus sentidos todo lo externo a la vez que va adquiriendo y rechazando ciertos fenómenos que pasan a su alrededor. La estructuración se da en el momento en el que el individuo va categorizando esos fenómenos que responden de mejor forma a sus estímulos y que guardan un significado para éste, atendiendo así, a dos clases de estructuración la fisiológica y psicológica, como también a la actitud (postura cultural), respecto a cómo organiza su percepción, tiene mayor estabilidad que la percepción y es la sucesión de la misma, o sea la experiencia. De acuerdo a Tuan, la actitud comprende la experiencia, el interés y el valor dado a éstas. La última etapa para desarrollar el sentido de lugar es la valoración, que surge de las actitudes y de la percepción. La valoración del lugar crea el sentido del mismo, es decir, el espacio que da seguridad y certidumbre, apuntando de esta manera al concepto de lugar aportado por Tuan.

Según Tuan, las experiencias son las que hacen que un “lugar” sea significativo para quienes lo ocupan. En este sentido, Tuan (2007) hace una diferenciación entre el visitante y el autóctono. La mirada del primero es una evaluación estética que juzga por la apariencia atendiendo al canon de la belleza; la del autóctono es emotiva puesto que ha invertido fragmentos de vida emocional en su vecindario, más bien proclaman lealtad por su entorno. Expuesto de este modo, el significado que le atribuyen los sujetos a la sensación de seguridad varía considerablemente cuando se atiende a razones de procedencia, estratos socio-económicos, nivel de educación, edad, género, entre otros aspectos.

3.2. Noción de lugar desde la perspectiva de género

La naturaleza subjetiva en la construcción del lugar ha llevado a que el tema del espacio sea abordado desde diferentes perspectivas entre ellas, los estudios de género, los cuales han indagado sobre la relación que construye la mujer con el entorno a partir de la segunda mitad de los años 70 cuando se intentó construir un marco teórico para entender las desigualdades entre hombres y mujeres en relación con el espacio y el medio. En esta década, la geografía cultural-humanística en Norteamérica influyó en los estudios de género al poner el énfasis en el papel que las experiencias, sentimientos y percepciones, juegan en el análisis geográfico, centrándose principalmente, en los espacios domésticos y cotidianos. En 1982, las geógrafas marxistas británicas adaptaron las categorías de análisis tomando como referencia las categorías marxistas de análisis, pero introduciendo ciertas modificaciones, puesto que dichas categorías hacían un mayor énfasis en la esfera de la producción que en el de la reproducción, que es donde las mujeres eran más visibles.

Llegada la década de los noventa, la postmodernidad expresa abiertamente su incredulidad frente a la existencia de un conocimiento racional, que sea real, universal, neutral, objetivo y producto exclusivo de la razón. Esta corriente hace un llamado a las nuevas posiciones teóricas y las invita a estudiar la complejidad de las experiencias de las mujeres y a combinar el género con otras causas de la diferencia como la etnicidad, la clase social o la nacionalidad.

En el contexto de este llamado a estudiar la complejidad de las experiencias no sólo de las mujeres sino de otros grupos tradicionalmente excluidos, emerge el Derecho a la Ciudad (Lefebvre, 1968) en el marco de los derechos humanos, el cual se convierte en el tema central en reconocidos tratados internacionales, entre los que se encuentra *La Carta de Atenas* (Marsella, Atenas, 1933), *Agenda Hábitat* (Estambul, 1996) y la más reciente *Carta Mundial por el Derecho a la Ciudad* (Porto Alegre, 2002), en la cual se contempla la expresión de los intereses colectivos, pero en especial los de los grupos vulnerables y desfavorecidos, entre los que se encuentran las mujeres, quienes se han

convertido en una de las poblaciones más afectadas por la violencia urbana. En este sentido, la construcción de ciudades seguras, emerge como un derecho fundamental para todos los que habitan la urbe. En la *Carta Mundial por el Derecho a la Ciudad*, se contempla como condición en la formulación e implementación de las políticas urbanas “promover el uso socialmente justo y ambientalmente equilibrado del espacio y el suelo urbano, en condiciones seguras y con equidad entre los géneros” (Artículo II).

Precisamente, y vinculado a la formulación de la *Carta Mundial por el Derecho a la Ciudad*, en el marco del “Foro Mundial de la Mujeres” (Barcelona, 2004), las organizaciones de mujeres y feministas elaboraron una propuesta de la *Carta por el Derecho de las Mujeres a la Ciudad (2004)*. La Carta retoma los desafíos y declaraciones de documentos anteriores en la relación “mujer – ciudad”, entre los que se encuentra la *Carta Europea de la Mujer en la Ciudad (1995)* y las declaraciones del Encuentro “Construyendo ciudades por la Paz” y la *Declaración de Montreal sobre la seguridad de las mujeres (2002)*. En la *Carta por el Derecho de las Mujeres a la Ciudad* se advierte, en cuanto al tema de seguridad urbana, la manera en que la percepción de la inseguridad es uno de los problemas más graves de nuestras ciudades, lo que condiciona el acceso y apropiación incluyente a este contexto por parte de sus habitantes, en este caso las mujeres.

4. Identificando el entorno

La experiencia humana es espacial y cualquier acción del individuo implica una vinculación con el espacio, referido a la relación que establecen las mujeres jóvenes de 14 a 22 años con el barrio que habitan, El Bosque y Paraíso. El primero de éstos es un sector residencial de estrato medio y el segundo, un barrio residencial de estrato bajo ubicado en el suroccidente. El Bosque, a pesar de contar con una comunidad organizada para hacer frente a sus problemáticas sociales, es asociado a la delincuencia, por un lado, por la presencia de la Cárcel de El Bosque, por el otro, por la representación

mediática que hace eco a la voz oficial, según reporte de la Policía Nacional publicado el 30 de agosto de 2007 en el diario El Heraldo, Barranquilla, donde se señala a El Bosque como uno de los sectores más peligrosos de la ciudad.

Entre tanto, Paraíso, uno de los barrios más tradicionales de Barranquilla, fundado por familias procedentes de distintos departamentos del país que llegaron a esta zona de Colombia buscando un lugar tranquilo y lejos de la congestión, es en la actualidad escenario de acción de la delincuencia común, lo que ha llevado a que sus habitantes encierren sus casas detrás de altas rejas de seguridad, lo cual no propicia la construcción de vínculos entre sus habitantes.

Ambos barrios, padecen las consecuencias de actos ejecutados por la delincuencia común, lo que condiciona la manera cómo las jóvenes se relacionan con el barrio y hace que ellas establezcan una relación particular que lleva a transformar el sentido de esos barrios desde la perspectiva de género.

Los imaginarios que tiene la joven con relación a la seguridad del barrio determinan la manera en que ésta se relaciona con y en éste. Así, si la joven encuentra en su barrio elementos que le proporcionan seguridad, construirá una relación afectivamente positiva por el barrio, caso contrario será la joven cuyo imaginario del barrio está vinculado a referentes de inseguridad, los cuales la llevarán a establecer una relación poco afectiva con su entorno residencial.

5. Narrando mí barrio

Llegamos a ambos barrios por intermedio de líderes comunitarias. A El Bosque a través de una de las animadoras comunitarias reconocidas del sector y a Paraíso, por intermedio de la representante de la Junta de Acción Comunal. Ambas nos presentaron a un grupo de jóvenes entre las edades de 14 a 22 años. Realizamos inicialmente un grupo focal para conocer la relación con el barrio al tiempo que identificábamos a aquellas jóvenes con facilidad de expresión que quisieran contarnos su historia de vida. Las

preguntas estaban fundamentalmente orientadas a identificar lo que denominamos *Ciclos de Vida*: Infancia y Adolescencia. La anterior clasificación atendió al planteamiento de Tuan (1975), para quien la comprensión de las preferencias de un individuo con relación a su entorno, están sujetas a su herencia biológica, a la forma en que creció, su nivel de educación, su trabajo y su medio material.

Una vez obtuvimos la información de los *Ciclos de Vida*, procedimos a establecer de qué manera las jóvenes transformaron los espacios en *lugar*, entendido como límites precisos y conocidos que entrañan sensación de seguridad. Para lograr la identificación de estas estrategias que posibilitan el paso de espacio a lugar, nos remitimos a los tres pasos expuestos por Tuan para interpretar el sentido de lugar: *Percepción, estructuración y valoración*. En la *percepción*, el individuo experimenta a través de sus sentidos todo lo externo a la vez que va adquiriendo y rechazando ciertos fenómenos que pasan a su alrededor. La *estructuración* se da en el momento en el que el individuo va categorizando esos fenómenos que responden de mejor forma a sus estímulos y que guardan un significado para éste, atendiendo así, a dos clases de estructuración, la fisiológica y la psicológica, como también a la actitud (postura cultural). La estructuración tiene mayor estabilidad que la percepción y es la sucesión de la misma, o sea la experiencia. De acuerdo a Tuan, la actitud comprende la experiencia, el interés y el valor dado a ésta. La última etapa, la *valoración*, surge de las actitudes y de la percepción. La valoración del lugar crea el sentido del mismo, es decir, el espacio que da seguridad y certidumbre, apuntando de esta manera al concepto de lugar aportado por Tuan.

En suma, la noción de lugar significa la existencia de límites precisos que se pueden alcanzar con la mirada, involucra las emociones del individuo, entraña afecto por lo que se recibe de él, existe en cuanto existe el cuerpo, ofrece signos visibles para fortalecer el sentido de identidad y proporciona sensación de seguridad.

Figura 1 - Barrio El Bosque, Barranquilla - Colombia



*Comunidad Afrocolombiana en el barrio El Boque.
Este es el lugar de las jóvenes de esta etnia en El Bosque.
Fuente: elaboración propia*

5.1. Encontrando un lugar en El Bosque

El barrio El Bosque es para las jóvenes entrevistadas un lugar, entendido como aquello que representa certezas y seguridades otorgadas por lo conocido. Así lo manifiesta Lizette: “El barrio es lugar, porque las personas que me rodean son conocidas; nunca se han metido con nosotros (mi familia), al contrario nos cuidan”. Lizette no encuentra ningún tipo de restricción durante la movilidad en el barrio, y todo lo resume en *me conocen*. Por ello, para Lizette, el barrio es un lugar en la medida en que conoce y es conocida por los otros. Es importante anotar que Lizette, al no haber tenido experiencia de atracos, mantiene una actitud positiva hacia el barrio. Sin embargo, ha presenciado actos violentos:

“Fue horrible ver a mi amigo los últimos minutos, o sea cómo agonizaba, y él decía que lo ayudaran, hasta el momento de morir, eso fue muy horrible y nosotros toda la vida nos criamos juntos, porque fuimos muy unidos y eso a mí me marcó de una manera que no te imaginas”.

Y aunque ella dice que internamente, la *marcó* no modificó su relación con el lugar (La Heladería), y su imaginario de seguridad del mismo. Para ella, el lugar “no tiene nada que ver”, por ello, La Heladería, ha sido y será el lugar en el que se continúa reuniendo con sus amigos. “No, yo si la paso muy bien y me siento muy bien en el barrio, y si me pusieran a escoger en estos momentos entre otro sitio y éste, pues obviamente yo me voy a quedar en éste”. Lizette cree que muchas personas que no conocen, ni habitan su barrio, *se sienten perdidos*, inseguros, precisamente, porque no lo han recorrido, y al sentirse perdidos terminan estigmatizando el barrio. “Para muchas personas si le puede parecer lo peor, inseguro. Tu dile a cualquier persona vamos al Bosque, y todo el mundo dice yo para allá no voy”.

Sumada a la visión de Lizette, está la de Elvia, “en el barrio hay partes inseguras como todo. Pero el lugar donde yo vivo es súper bacano y tú te diviertes como nunca”. Igualmente, lo manifiesta Cindy: “Yo me siento segura porque como yo tengo varios años de estar viviendo por ahí, me siento segura con mi familia”. Norellys, proveniente de las negritudes asentadas en la ciudad, es la única que manifiesta no sentirse segura en el barrio. Sus lugares son la Iglesia y las casas de sus amigas en la cuadra, por lo que no acostumbra a recorrer las “*totalidades*” del barrio. La ubicación de su casa no posibilita la relación con el barrio, dado que su casa se encuentra próxima a una de las avenidas principales donde transitan las principales rutas de buses que la conectan con el resto de la ciudad, pero a la vez, la distancian del barrio.

Todas las jóvenes de El Bosque admiten la existencia de sitios inseguros en el barrio. Frente a ello, han asumido estrategias que les permiten sentirse seguras tales como tener una actitud aparentemente tranquila que no denote temor: “Cuando voy por esa partecita, me pongo normal, no me pongo a mosquear” (Elvia); buscan ser conocidas en los sectores donde se sienten vulnerables y evitar ser agredidas: “Yo conozco a ese pocotón de ladroncitos, no me meto por el parque, me meto por la carretera” (Lizette); sin embargo, más allá de su apego por el barrio, otras como Cindy, no descartan la posibilidad de encontrar otro entorno residencial donde vivir: “no por uno sino por los hijos de uno más adelante cuando uno tenga su familia”.

Las jóvenes de El Bosque realizan la mayoría de sus actividades opcionales en el barrio por lo que éste es percibido desde la dimensión social en la medida en que establecen lazos con sus amigos y con los distintos escenarios en los que se relacionan. En suma, uno de los imaginarios de seguridad recurrente para las jóvenes, es el Imaginario de la Unidad, formada por sus amigos y vecinos. “Es un grupo bastante numeroso que igual nos criamos desde pequeños y la amistad todavía sigue” (Lizette).

Durante las entrevistas, las jóvenes coincidieron en igualar ciertas conductas incívicas al delito que genera inseguridad, para Lizette,

“Ese parque se ha convertido en uno de los sitios más inseguros del barrio, puesto que la falta de alumbrado, lo ha deteriorado mucho la verdad. Allí tipo 6: 30 o 7:00 de la noche ya tú ves la cantidad de gente consumiendo vicio y por ahí cualquiera que pase enseguida lo atracan y es muy inseguro y ahí no va nadie. Nada más van los coletos esos a fumar”.

Figura 2 - Barrio El Bosque, Barranquilla - Colombia



Calle de Los Lázaros en El Bosque. Sector controlado por una pandilla.

Fuente: elaboración propia

5.2. En medio de El Bosque, me siento segura

Las estrategias utilizadas por las jóvenes en El Bosque para construir lugares se basan en *el lugar es donde uno es conocido y conoce a los otros*. Para ello, las jóvenes construyen el lugar a partir del espacio habitado, con el cual se relacionan, siguiendo a Tuan, mediante la percepción, la estructuración y la valoración. Los siguientes ejemplos evidencian la transformación que hacen las jóvenes de espacio a lugar en El Bosque.

El arroyito

Luego de la muerte de su mamá, Elvia, comenzó a reconocer los límites y la extensión de un barrio demasiado amplio para sus escasos 4 años. Hasta ese momento, El Bosque, tenía el significado de espacio, pero gracias a su “andar” se transformó en lugar. Elvia identifica claramente el momento en que la ausencia de su mamá, la llevó a examinar los límites del barrio que para ella parecía inalcanzable. “Desde que se murió mi mamá yo comencé a andar”, recuerda Elvia. El *andar* la llevó a construir lugares para alcanzar la noción de seguridad que no tenía. Sus sentidos le dieron una imagen del entorno; en la búsqueda de un lugar *donde pensar*, el “arroyito” fue su refugio, gracias al silencio y soledad que lo caracterizaba (percepción). Se sintió tranquila y en paz en su “arroyito”, lo que catalogó como una experiencia agradable (estructuración) y así finalmente, le dio el sentido de lugar (valoración).

El barrio

Llegada la adolescencia para Elvia, su relación con el barrio cambió, y lo expresa: “Hay mucha diferencia. Cuando era niña no entendía casi los lugares, ahora ya tengo lugares específicos ahora ya sé cómo relacionarme más o menos pero ahí voy, en cambio pequeña no. Pequeña jugaba y era solo por jugar y no sabía más nada que hacer”. La afirmación de Elvia pone en evidencia, claramente, la transición de espacio a lugar. El barrio era para ella un espacio en la niñez, en la medida en que estaba por ser explorado y no tenía límites identificables; producía en ella la sensación de “estar

perdida”, a la que se refiere Kevin Lynch (2001), y que se refleja en la expresión de Elvia: “no entendía los lugares”.

Llegada la adolescencia, el barrio se convierte en lugar, una vez es explorado y se pueden determinar sus límites, de ahí que Elvia afirma: “Ya sé cómo relacionarme”. El lugar está cargado de sentido, en la medida en que existen significados que hacen único el lugar, por ello antes de ser valorado, para Elvia, era un espacio en el que: *No sabía que más hacer*, pero ahora tanto Elvia como sus amigas, *saben qué hacer* en el barrio, en la medida en que lo han recorrido.

Ser conocido y conocer a otros

Para Lizette, la transición del espacio al lugar, se da, igualmente, mediante el reconocimiento del entorno a través de los sentidos (percepción), en especial la visión: “yo conozco a toda esa gente”. Ella identifica tanto aquellos vecinos que la cuidan, como aquellos sujetos que son referentes de inseguridad en el barrio, más no para ella, porque la conocen. Lizette los identifica y se forma una imagen ambiental que la aleja de los sitios por los cuales evita transitar: “Ese parque se ha convertido en uno de los sitios más inseguros del barrio, puesto que falta el alumbrado”. Organiza los estímulos ambientales y les proporciona signos significativos en su experiencia (estructuración): “No, yo no me meto por el parque, yo me meto por la carretera, por el andén y, como yo vivo ahí mismo, y la verdad es que como yo conozco a todo ese pocotón de ladroncitos”. A partir de ese conocimiento, el sector se convierte en lugar en la medida que representa seguridad (valoración): “Que yo diga que he llegado a sentir miedo cuando yo voy llegando a la casa, en la madrugada, tipo 2 o 3, eso es mentira, porque yo me puedo bajar en San Martín y yo bajo tranquilamente”.

5.3. En búsqueda del paraíso

Para las jóvenes de Paraíso, los lugares de la infancia y la adolescencia, continúan siendo *lugares*. Pero a diferencia de las jóvenes de El Bosque, se caracterizan por ser *lugares*, privados, que forman parte de las terrazas de las casas, protegidas tras altas rejas. Este es el caso de Yunerys para quien el muro de su casa es su *lugar*. “Siempre decimos: si hablara este muro contara todo”. Para ella, el barrio en general es muy especial, y actividades como sentarse en el “murito” y *bajar los mangos del palo diagonal a mi casa para comerlos en la madrugada*, están plenas de significados. Aunque Yunerys admite que hace dos años esto lo hacía con más frecuencia, pero como resultado de los atracos y la inseguridad del sector, no lo ha vuelto a hacer y esto llevó a que su familia colocara una reja: “La verdad es que mi papá siempre ha sido muy prevenido y por eso la mandó a colocar”. Del grupo de las jóvenes entrevistadas, Yunerys es la única que nunca ha sido asaltada en Paraíso, lo cual ha significado mantener una relativa seguridad durante su movilidad en el barrio, de hecho, aunque sabe de la existencia en su cuadra de un grupo de “marihuaneros”, sabe que no le harán daño, porque “me conocen y los conozco, me siento segura”.

Michelle es la joven que ha tenido más experiencias de acciones violentas en el barrio, más específicamente en su casa y al interior de ella. Michelle recuerda como la “terracita” de su casa, era “*tan segura antes*”. No puede evitar mostrar en sus gestos la nostalgia, incluso impotencia de que ya no sea así. Relata cómo era su terraza hace algunos años cuando ni ella ni su familia habían sido víctimas de inseguridad en el barrio:

“Antes habían dos jardineras más grandes, había una reja solamente hasta la mitad, había árboles. Ahí podía estar, me dejaban estar, porque era segura, y no pasaba nada. Pero todo cambió un día que mi hermano estaba lavando el carro, en el 2003, cinco hombres amenazaron a mi hermano para que lo dejaran entrar a la casa. Yo tenía 12 años aproximadamente. Entraron, empujaron la

puerta del cuarto donde yo estaba con mi mamá. Nos amarraron con sábanas. Amenazaron con que si no aparecía lo que buscaban, nos matarían uno a uno”.

A partir de ese momento las salidas a la terraza fueron menos frecuentes. Ella y su familia recuperaron la calma, porque no volvieron a saber de otra historia similar en la cuadra. Sin embargo, un par de años después, vivieron un nuevo asalto:

“Luego el novio de mi hermana iba saliendo a la una de la mañana. La reja estaba abierta y cuatro tipos lo encañonaron y entraron. Nos sentaron en la salita de estar y luego en el cuarto de mi mamá. Duraron como una hora. En ese momento pensé en qué tipo de barrio estoy viviendo”.

Actualmente, para Michelle, su casa, la cuadra, el barrio carecen de toda certeza, se pregunta quién podría garantizarle la seguridad, aún cuando cerca de su casa está un batallón del Ejército. De modo que concluyó: “Para mi la fuerza pública no representa seguridad”. La más reciente experiencia de asalto que ha vivido Michelle y que la llevó a reducir al máximo su permanencia en el exterior de su casa fue:

“Un día estaba con una amiga y un amigo en la puerta de la casa, esperando un domicilio y jugando con un celular nuevo que había comprado, y de pronto aparece alguien de la nada, que nos dijo que nos quedáramos quietos. Yo no iba a dar el celular, lo tenía escondido. Pero él me buscó el celular. Lo tenía en el short. El hombre me tocó las piernas y me sentí horrible”.

Figura 3 - Barrio Paraíso, Barranquilla - Colombia



*Las casas en Paraíso se encuentran protegidas por rejas,
como resultado de la delincuencia común que ronda el sector.
Fuente: elaboración propia*

Esta experiencia involucró para ella no solo el despojo material, al que hace referencia Alicia Lindón (2006), sino también corporal, en la medida en que tiene lugar el tocamiento. Este es uno de los mayores temores de las mujeres, y es lo que resalta en la experiencia del asalto. Sus amigas lo ven como *casi la violan*, puesto que interpretan el comportamiento del delincuente, ligado al honor de la joven. Esta última experiencia la ha llevado a concebir el acto de vivir en esa casa, como *una porquería*. Su temor no es solamente caminar por el barrio sola de noche, sino que alguien llegue detrás de ella cuando va a abrir la puerta de su casa.

Hilary también recuerda como el día en que su papá fue víctima de dos disparos, por parte de un atracador, el barrio, su cuadra, su casa, dejaron de ser seguros.

“Cuando eso pasó recientemente habíamos colocado la reja, porque ya habían ocurrido otros atracos por la cuadra. Días después de colocar la reja, sucedió el atraco. Mi papá estaba en la puerta con un amigo, mi abuela y mamá. Llegaron

dos tipos en una moto y uno de ellos sacó un arma. El amigo de mi papá le tiró un café en la cara y el tipo le disparó dos tiros a mi papá en el brazo”.

Meses antes de lo sucedido, Hilary sabía de otros atracos por el sector, pero *no me afectaba la idea de la seguridad*. Para Hilary, hasta ese momento los hombres eran garantía de seguridad. “Antes de eso yo decía que todo es seguridad cuando hay hombres, porque en la casa de una amiga que viven sólo mujeres, se han metido más de dos veces. Aunque, mira lo que le pasó a mi papá. Frente a un arma todos somos vulnerables”.

Los relatos de estas jóvenes ponen en evidencia cómo la experiencia transforma el sentido y la valoración del lugar: “Desde mi atraco, la cuadra para mi ya no es segura. Ahora yo estoy sentada en la puerta de la casa y me da pánico; en la puerta veo un hombre y me da pánico. Para mi un hombre no me intimida, pero me alerta” (Hilary).

Las experiencias relatadas por las jóvenes de Paraíso ponen en evidencia, por un lado, como para ellas los hombres solo son vulnerables frente a un arma, mientras que ellas siempre se sienten vulnerables frente a cualquier hombre, armado o no, porque así sea como ellas lo afirman, *el hombre sin rostro*, el hecho de sentirse miradas en la intimidad por un extraño, ya implica sentirse inseguras.

Así, las jóvenes entrevistadas de Paraíso han sentido la inseguridad, no solo en el espacio público, sino también en lo privado, en la intimidad del hogar, hasta donde han llegado las acciones violentas. Por eso, para ellas, mudarse del barrio es una posibilidad que en algún momento ellas o sus padres han considerado: “Yo cuando termine la carrera, si quisiera mudarme, aquí he vivido muchas cosas chéveres, pero en realidad el barrio si se está pasando” (Hilary).

5.4. ¿El paraíso perdido?

En el caso de las jóvenes de Paraíso, encontramos que tienen menos habilidades en la construcción de estrategias para seguir percibiendo el barrio como lugar que las jóvenes de El Bosque. Para ellas, Paraíso no es reconocido como un lugar, en la medida en que sólo la cuadra representa límites precisos. Aún así, tales límites no representan en la actualidad certezas y seguridades otorgadas por lo conocido: “Porque no siempre los vecinos hacen algo, y no lo hacen por temor a que les hagan algo a ellos” (Hilary). No obstante, algunas jóvenes manifiestan que, en ocasiones, sienten la cercanía entre los de la misma cuadra: “Nos apoyamos en el vecino, si uno está al frente nos quedamos, hasta cierta hora. Incluso muchas casas tienen perros, que "aparentan" hacer algo, y lo único que hacen es ruido”.

En todo caso, la valoración que hacen del barrio es un espacio peligroso, que no representa para ellas ninguna certeza, pues la seguridad en cualquier momento se ve amenazada. Y puesto que, según ellas, quienes cometen los actos delictivos no son del barrio, ese desconocimiento se suma a la incertidumbre del sector, caso contrario a las jóvenes de El Bosque, quienes afirman conocer a quienes delinquen en el barrio.

La ausencia de vínculos sociales, de redes de apoyo entre vecinos, la indiferencia de ciertos habitantes, ha llevado a que solo algunas casas del sector establezcan conjuntamente mecanismos de seguridad, entre los que se encuentra, la disposición de un vigilante privado y la creación de un Frente de seguridad. Las jóvenes manifiestan que se ha querido implementar esta iniciativa con todas las casas de la calle, y en otras cuadras, pero esto se ha dificultado por la falta de decisión de los vecinos.

Y más allá de los escasos acuerdos comunitarios a los que se ha llegado en este tema, las jóvenes y sus familias han optado por establecer sus propias estrategias para defender sus casas, las que aún conservan, para algunas, la noción de lugar: Tal como afirma Michelle: “para sentirnos seguras, mi mamá ha colocado cadenas en las puertas de los cuartos y hemos colocado pasadores. Hemos colocado doble seguridad en la puerta de la sala. Ahora ya muy poco nos sentamos afuera. Para Michelle, la

delincuencia que ronda el sector ha penetrado hasta lo íntimo de su hogar, el cual le brindaba la sensación de seguridad y era valorado como un lugar. Ahora la necesidad de sentirse seguras, ha llevado a colocar, incluso, cadenas en las puertas de los cuartos.

Otras jóvenes han establecido como estrategia para sentirse seguras cuando llegan a altas horas de la noche, llamar a sus padres para que estén atentos a su llegada y abrir rápidamente la puerta cuando van llegando en un taxi, como el caso de Hilary, quien además, en respuesta al acto violento del que fue víctima su papá, considera que la respuesta para garantizar la seguridad sería que “a todos esos atracadores, los maltraten, y que todos los hombres del barrio, tengan un arma”.

6. Identificando imaginarios de seguridad desde la perspectiva de género

Para Lucien Boia (1998), el imaginario se manifiesta en todos los comportamientos de la vida histórica, y por tanto, lo imaginario no se remite solo a la religión o al arte, sino a la ciencia, la política y la vida cotidiana. Con el propósito de sintetizar el vasto universo de lo imaginario y de contribuir a la construcción de metodologías eficaces, Boia propone ocho estructuras arquetípicas susceptibles según (su) visión de cubrir lo esencial de un imaginario aplicado a la evolución histórica.

A partir de estas ocho estructuras arquetípicas diseñamos un cuestionario el cual se aplicó en los dos barrios seleccionados a 150 mujeres de El Bosque y 100 mujeres del barrio Paraíso entre las edades de 14 a 22 años.

El **imaginario de la Huida** es uno de los más recurrentes y mediante el cual las jóvenes establecen estrategias utilizadas para sentirse seguras. Entre las estrategias, se encuentra la privilegiada por las jóvenes de Paraíso, la cual consiste en transitar exclusivamente por los sitios que conocen. Mientras que la sensación de seguridad para las mujeres de El Bosque proviene no solo del conocimiento de los sitios por donde movilizarse, sino también del conocimiento de las personas del sector, incluso de los que delinquen en el barrio.

El imaginario de la Conciencia de una Realidad Trascendente está vinculado a un “otro masculino”, al que consideran más fuerte, más experimentado, quien tiene más libertad para recorrer el barrio y, en consecuencia, tiene mayor conocimiento del entorno. Las jóvenes le otorgan al cuerpo masculino, características “sobrenaturales”, en la medida en que puede enfrentarse a un eventual agresor, por el hecho de ser hombre.

Igualmente, en el sentido de la fuerza masculina, tiene lugar el **Imaginario de la Alteridad**, en la medida que las mujeres conciben la movilización de los hombres como una actividad segura, dado que su contextura física, les posibilita enfrentarse a un posible agresor en igualdad de condiciones. De modo que este imaginario está referido igualmente al “otro masculino” que las hace sentir vulnerables en el barrio, en ciertas situaciones.

El imaginario El Doble, se hace presente en las mujeres del estudio al sentirse más propensas a ser víctimas de atracos y tocamientos, lo que a su vez significa tener restricciones durante la movilidad en el barrio. Igualmente, este imaginario se evidencia en el hecho de que no se ven así mismas como sujetos de derechos al afirmar que el derecho a la seguridad, en ellas no se cumple, puesto que al hombre se le da más “prioridad”, y se le presta “más atención”. Esto pone en evidencia como los asuntos masculinos son asumidos como objetivos, mientras que los femeninos siguen siendo catalogados como subjetivos.

Uno de los imaginarios en que las jóvenes presentaron consenso fue el de **La Unidad**, puesto que para ellas una comunidad integrada, genera un barrio seguro. Este es uno de los motivos por los cuales las jóvenes del barrio El Bosque perciben su barrio como seguro, dadas las condiciones de cercanía, conocimiento y apoyo a las iniciativas comunitarias. No siendo este el caso de la Presidenta de la Junta de Acción Comunal del barrio Paraíso, quien comenta sobre la falta de iniciativa y apoyo de los vecinos del sector, y el desconocimiento que existe entre los habitantes en Paraíso.

El imaginario del desciframiento del futuro, se hace presente en el hecho de que a pesar de la violencia real o subjetiva a la que se refieren las jóvenes, no forma

parte de sus planes mudarse en estos momentos del barrio, puesto que valoran la presencia de amigos y vecinos del sector, así como contar con una vivienda que forma parte del patrimonio familiar.

El **Imaginario de la actualización de los orígenes**, se evidencia en la manera en que ellas perciben el crecimiento de los barrios. En el caso de El Bosque, éste ha significado mejoramiento de la calidad de vida por la construcción de vías pavimentadas donde transita la policía, ocupación de espacios desolados en los que antes gobernaban las pandillas. No obstante, para el barrio Paraíso, el crecimiento del barrio ha traído inseguridad, que atribuyen ente otros factores, a establecimientos comerciales como ferreterías.

Al identificar el **Imaginario de la Lucha y Complementos de Contarios**, éste se refirió al soporte que podían encontrar en ciertos grupos específicos de varones, como amigos de pandillas y policías. Los primeros, para ellas, no son un referente de seguridad, pues implica exponerse más a situaciones peligrosas, aunque admiten que en ocasiones, es necesario “conocerlos”. En cuanto a la fuerza pública, ésta no representa para las mujeres de Paraíso un referente de seguridad, puesto que no han recibido protección alguna del Batallón Militar, y su experiencia las ha convencido que la policía “siempre llega tarde”. Entre tanto, las mujeres de El Bosque, ven en la fuerza pública un instrumento que ha contribuido a traer la tranquilidad al sector, en la medida en que éste es recorrido con frecuencia por ellos.

7. Identificando y recorriendo, se construye el lugar

La existencia de infraestructura física que posibilita el empleo de ratos de ocio y el establecimiento de redes sociales, ha contribuido a que las jóvenes de El Bosque, establezcan un vínculo afectivo positivo por éste. La presencia de sitios de esparcimiento como puestos de comidas rápidas, heladerías, licoreras, ha llevado al uso del barrio y a la permanencia en el mismo. Sumado a lo anterior, dado que su condición

socioeconómica, no les permite trasladarse a altas horas de la noche fuera del barrio, las jóvenes optan por permanecer en El Bosque, antes que desplazarse hacia otros sitios de entretenimiento de la ciudad. El estigma de El Bosque ha significado la ausencia de transporte público a altas horas de la noche que lleve a las adolescentes de regreso a casa.

Por ello, la existencia de lugares de esparcimiento ha llevado a que las jóvenes de El Bosque estrechen sus vínculos sociales en éste, lo que significa el establecimiento de estrategias que contribuyen a generar sensación de seguridad, entre las que se encuentra, transitar por determinados sitios y a ciertas horas acompañadas. Sin embargo, la sensación de seguridad, proviene fundamentalmente de ser conocidas y de conocer a otros, es decir, a los residentes, por lo menos, de los sectores que usa.

En contraste con las jóvenes de El Bosque, las de Paraíso no encuentran en el barrio condiciones que generen sensación de seguridad, y en consecuencia, vínculo afectivo por el barrio. Dado que el barrio no les ofrece sitios de esparcimiento, se desplazan hacia otros puntos de la ciudad con relativa facilidad, gracias a que cuentan con vehículos propios y suficiencia económica para acceder a los recursos que les garantizan entretenimiento. La ausencia de tales opciones de diversión en el barrio hace que las jóvenes en Paraíso no establezcan vínculos afectivos en el mismo, a diferencia de las jóvenes de El Bosque, y mucho menos, que se ocupen en desarrollar estrategias para percibir el barrio como lugar, al no valorar en él nada que les dé temor perder. Más bien, las jóvenes y sus familias han desarrollado estrategias para sentirse seguras al interior de sus casas, entre las que se encuentra la disposición de un vigilante privado, creación de frentes de seguridad, colocación de rejas, doble seguridad en las puertas, adquisición de perros que representen amenaza a los posibles asaltantes. Estas estrategias, las confinan a un mayor aislamiento y las aleja de la posibilidad de percibir el barrio como un lugar.

Al remitirnos a los imaginarios de seguridad y contrastarlos en ambos barrios encontramos Actualización de los orígenes, la Unidad y la Huida, presentan diferencias sustanciales en ambos entornos barriales. En cuanto al primero, para las jóvenes en

Paraíso, recuerda que el barrio cuando eran niñas, como seguro, a diferencia del clima de inseguridad que perciben actualmente. Entre tanto, para las de El Bosque, el pasado lo igualan a la inseguridad que producían las tres principales pandillas del sector, *Los Poteros*, *Los Alacranes* y *Los Sarabia'os*. Sin embargo, desde la autoeliminación de estas pandillas, se poblaron sectores periféricos, se pavimentaron calles, llegó al barrio un clima de seguridad que valoran y reconocen en El Bosque.

En cuanto al imaginario de la Unidad, éste es característico de El Bosque, en la medida en que ser conocido y conocer, más allá de la cuadra, posibilita la sensación de seguridad. No siendo el caso de Paraíso, donde prima para las jóvenes la indiferencia entre los vecinos, incluso, de la cuadra. Por ello, para estas jóvenes ser conocidas no garantiza la seguridad, pues al no existir vínculos sociales, no se establecen acciones conjuntas para un entorno seguro.

Finalmente, en cuanto a la Huida, mientras las jóvenes de El Bosque establecen estrategias para sentirse seguras durante el uso del barrio, como las anteriormente mencionadas, las de Paraíso, se orientan a la implementación de mecanismos que les generen seguridad al interior de las casas, lo que se puede interpretar como una “huida” desde lo privado hacia lo público. Igualmente, el buscar esparcimiento fuera del barrio equivale a declarar que la huida es una solución a la incertidumbre.

Está claro que el vínculo afectivo de las jóvenes en El Bosque, es mayor que las de Paraíso, en la medida en que el primero, posibilita *recorrer el barrio*, y en consecuencia, la definición de límites, y suma de certezas. La existencia de diversos escenarios para el encuentro entre iguales, es una invitación a recorrer El Bosque. Mientras que para las jóvenes de Paraíso, no tiene lugar una dimensión social, en cuanto se caracteriza por la ausencia de escenarios que identifiquen como propicios para establecer vínculos sociales, como resultado de la creciente inseguridad que perciben en el sector.

Otro aspecto interesante son los límites que establecen las jóvenes en sus barrios. Para las de El Bosque, más allá de sus casas, otras calles se transforman en su hogar, mientras que para las chicas de Paraíso más allá de sus casas, solamente la

cuadra es su hogar. De lo anterior se puede concluir que en El Bosque, la acción de recorrer el barrio, genera noción de seguridad. Recorrer, es seguridad. Entre tanto, las jóvenes de Paraíso recibieron desde niñas la instrucción de sus padres, *más allá de la cuadra no te puedes mover*. De ahí que desde niñas, sus padres le marcaron los límites de lo conocido, *la cuadra*. Muchas de ellas pasaron del desplazamiento de la cuadra, a movilizarse por el resto de la ciudad.

Recorrer, es conocer y conocer es encontrar y encontrarse, *sentirse parte de*. El proceso de construcción de nuestra visión del mundo, más allá de la esfera de lo privado, está en el andén contiguo al hogar; en la casa vecina a la mía; en la cuadra y el barrio inmediato, en saber dónde estoy yo, dónde está el otro, y que éste a su vez, sepa de mi existencia. La posibilidad de conocer el entorno inmediato en sus diferentes escalas, crea referentes precisos que animan al conocimiento del mundo.

En conclusión, la sensación de seguridad es el resultado de un vínculo afectivo por el barrio en tanto éste les ofrece la posibilidad de ser conocida y conocer a otros, es decir, el establecimiento de redes sociales; la existencia de escenarios donde llevar a cabo estas relaciones. Lo anterior, sin desconocer que la sensación de seguridad y la necesidad de recorrer en el entorno, es igualmente el resultado de un ambiente familiar saludable que las anime a realizar un proyecto de vida más allá del escenario privado.

BIBLIOGRAFÍA

- II Foro Social Mundial (2002): “Carta Mundial por el Derecho a la Ciudad”, [en línea] Disponible en: <http://www.hic-al.org/> [15/12/2008].
- AECI y UNIFEM (2006): “Herramientas para la Promoción de ciudades seguras desde la perspectiva de Género”, [en línea] Disponible en: http://www.redmujer.org.ar/pdf_publicaciones/art_17.pdf [10/12/2008].
- Boia, L. (1998) : *Pour une histoire de l’imaginaire*. Paris: Les Belles Lettres.
- Buvinic, M.; Morrison, A. y Orlando, M. B. (2005): “Violencia, Crimen y Desarrollo Social en América Latina y el Caribe”. En *Papeles de Población*, nº. 43, pp. 167-214, [en línea] Disponible: <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=1195783> [01/02/2009].
- Cacace, M. y Ballester, C. (2002): *Mujeres jóvenes y feminismo: valores, cultura y comportamientos frente a frente*. Madrid: Nancea.
- CAFSU (2002) : Comité d’action femmes et sécurité urbaine. “La seguridad de las mujeres. De la dependencia a la autonomía”. Montreal, [en línea] Disponible en: http://www.femmesetvilles.org/seminar/espagnol/themes_es/the_strategies_es.htm [03/01/2009].
- Casey, E. S. (1997): *The Fate Place. A Philosophical History*. Berkeley: University of California Press.
- Castoriadis, C. (2004): *Sujeto y verdad en el mundo histórico-social*. Argentina: Fondo de Cultura Económica de Argentina. S.A.
- _____. (2002): *Figuras de lo Pensable*. México: Fondo de Cultura Económica.
- _____. (1998): *Los dominios del Hombre*. Barcelona, España: Editorial Gedisa, S.A.
- Duby, G. y Perrot, M. (2000): *Historia de la Mujeres*, vols. 1-5. Madrid: Grupo Santillana de Ediciones S.A.
- Flores, P. y Gómez, N. (2005): *Ciudadanía Juvenil: Sin espacio ¿Dónde construirla?* Revista Investigación y Desarrollo. Universidad del Norte. Ediciones Uninorte.
- _____. (2007): “Mujeres y desplazamiento: los espacios de la reparación .El caso del área metropolitana de Barranquilla”. En *Actas del XXX Encuentro RNIU*, México, pp. 8-13.

- Gómez, N. (2005): “Género y espacio público en Barranquilla: Todos usan el espacio, pero ellos lo definen”. En *Revista F@ro*, año 1, tomo 1. Valparaíso, Chile: Universidad de Playa Ancha, pp. 385-394.
- Guerra Palmero, M. J. (1999): “Mujer, identidad y espacio público”. En *Contrastes: Revista interdisciplinaria de filosofía*, n°. 4, pp. 45-64, [en línea] Disponible en: <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=230354> [10/12/2008].
- Hainard, F. (2006): *Ciudades y Empoderamiento de las Mujeres: Luchas y estrategias para el cambio social*. Madrid: Narcea. S.A. Ed.
- Harvey, D. (1992): *Urbanismo y Desigualdad Social*. Madrid: Siglo XXI de España Editores. Original publicado en 1973.
- Irigaray, L. (1992): *Yo, tú, nosotras*. Madrid: Cátedra, D.L.
- Instituto de la Vivienda (INVI) de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile (2004): “Lugar Residencial: Propuesta para el estudio del Habitat Residencial desde la perspectiva de sus habitantes”, [en línea] Disponible en: <http://www.invi.uchile.cl/documentos/lugar.pdf> [10/12/2008].
- Larrauri, G. (2007): “Reseña del libro Posmodernidad”. En *Revista Comunicología: indicios y conjeturas*, n°. 8, [en línea] Disponible en: http://revistacomunicologia.org/index.php?option=com_content&task=view&id=195&Itemid=92 [03/01/2009].
- Lefebvre, H. (1991): *The Production of Space*. Oxford: Basil Blackwell.
- Lindón, A. (1999): *De la trama de la cotidianidad a los modos de vida urbanos. El Valle de Chalco*. México D.F: El Colegio de México – El Colegio Mexiquense.
- _____. (2006): “Territorialidad y género: una aproximación desde la subjetividad espacial”. En P. Ramírez y Miguel A. Aguilar (ed.): *Pensar y habitar la ciudad: Afectividad, memoria y significado*. Barcelona, Anthropos; México: Universidad Autónoma Metropolitana, pp. 13 -32.
- _____. (2008): “Violencia/Miedo, espacialidades y ciudad”. En *Revista Laberinto*, Universidad Autónoma Metropolitana, feb, n°. 4, pp. 8 – 14.
- _____. (2006): *Tratado de Geografía Humana*. Anthropos. Universidad Autónoma de Nayarit, México.
- Lindón, A. y Hirneaux, D. (2006): *Lugares e imaginarios en las Metropolis*. Anthropos Editorial: México: UAM – Iztalapa.
- Lynch, K. (2001): *La imagen de la ciudad*. Barcelona: Gustavo Gill.

- Naciones Unidas (1948): “Declaración Universal de los Derechos Humanos”, [en línea] Disponible en: <http://www.un.org/es/documents/udhr/> [10/12/2008].
- Niño, A. (2003): *Espacio, Historia, Sentido: El análisis como histografía urbana*. Bogotá: Universidad Piloto de Colombia.
- Ramírez, P. y Aguilar, M. À. (2006): *Pensar y habitar la ciudad: afectividad, memorias y significado en el espacio urbano contemporáneo*. Barcelona: Anthropos; México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Riera, J. M. (1993): *Las Mujeres de los 90: El largo trayecto de las jóvenes hacia su emancipación*. Madrid: Morata.
- Rossi, A. (1962): *La arquitectura de la ciudad*. Buenos Aires: Infinito.
- Samaoun, S. (2003): “Violencia urbana contra la mujer: Análisis del Problema desde la Perspectiva de género”, [en línea]. Disponible en: <http://www.bvsde.paho.org/bvsacd/cd26/CT-74.pdf> [10/12/2008].
- Setha M. L. y Lawrence-Zúñiga, D. (2003): *The anthropology of space and place: locating culture*. Malden, Mass: Blackwell.
- Silva, A. (1992): *Imaginario Urbanos Bogotá y Sao Paula: Cultura y Comunicación Urbana en América Latina*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- _____. (2006): *Ciudades imaginadas*. Resúmenes del Seminario Imaginario Urbanos: De ida y Vuelta.
- Soja, E. W. (1989): *Postmodern geographies. The reassertion of space in critical social theory*. Londres: Verso Press.
- Tuan, Yi-Fu. (1975): *An Experimental Perspective*. Geographical Review, vol. 65, n°. 2.
- Valencia, M. “Estudios sobre lo urbano. Deslindes disciplinarios y campos temáticos emergentes”. En *Revista Electrónica DU&P. Diseño y Paisajes*, n°. 6, [en línea]. Disponible en: <http://www.ucentral.cl/Sitio%20web%202003/Revista%20Farq/pdf/000003.pdf> [10/12/2008].
- Yory, C. M. (2007): *Topofilia o la dimensión poética del habitar*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana. Segunda Edición.
- Zarate Martín, M. A. y Rubio Benito, M. T. (2005): *Geografía Humana. Sociedad, Economía y Territorio*. Madrid: Editorial Universitaria Ramón Areces.